

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 145. — La reorganización del ejército, por B.; pág. 147. — ¡Cómo decaen los pueblos!, por Luis Trucharte y Villanueva, página 149. — Reseña histórica de los hechos del Gran Capitán don Gonzalo Fernández de Córdoba (con inuación), por don Federico Pita y Espelosín, teniente de infantería; pág. 152. — Sección Bibliográfica: Instrucción para el conocimiento y uso del trigonotelémetro, por Carlos Antequeda, capitán del regimiento 8.º de Caballería de línea de la República Argentina, pág. 159.

Pliegos 53 y 54 del tomo II del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió y Bellvé, comandante de Ingenieros.

Pototskii: TRATADO DE ARMAS PORTATILES Y DE TIRO; pliegos 9 y 10. Traducción y ampliación, por don Narciso Martínez Aloy, capitán de Infantería.

CRÓNICA GENERAL

EL ANUARIO MILITAR.—RECUENTO CONVENIENTE.—EL SALDO DE ERRORES PASADOS.—RECETAS PARA AUMENTAR LA GRAN MOLE DE LA OFICIALIDAD.—EL ÍNDICE DEL MEMORIAL DE ARTILLERÍA. — EL COMPAÑERISMO DEL TRABAJO. — PREDICAR CON EL EJEMPLO.

Se ha publicado el *Anuario militar* correspondiente al presente año de 1899; y en vista de los datos numéricos que arroja, bien pudiera haberse estampado en su portada, como en el frontispicio de los teatros en días de lleno, la consabida advertencia: *Quedan despachadas todas las localidades*. Efectivamente, no sólo los *puestos* actualmente posibles, sino todos los que han existido ó puedan existir en el porvenir tienen personal disponible entre el copiosísimo que figura en el siguiente cuadro:

	Activo	Reserva	Total
Capitanes generales.	5	»	5
Tenientes generales.	44	9	53
Generales de división y asimilados.	84	52	136
Generales de brigada é id.	215	150	365
Coroneles, é id.	668	10	678
Tenientes coroneles é id.	1,231	68	1,299
Comandantes é id.	2,802	238	3,040
Capitanes é id.	5,652	960	6,612
Primeros tenientes é id.	3,163	2,229	5,392
Segundos tenientes é id.	2,218	4,741	6,959
Total.	16,082	8,457	24,539

¡Más de 24,500 oficiales tenía el ejército español al comenzar el año 1899! ¡Más de *quinientos generales*—salvo error ú omisión—disponibles para llevar á nuestros batallones por el camino de la victoria! Nunca como aquí cuadraría la exclamación: —¡*Qué dirán las potencias extranjeras!* Sí, ¿qué dirán de nos-

otros los ilustrados oficiales extranjeros que se enteren de estos datos que acabamos de escribir? ¿Qué comentarios harán al saber que tenemos generales y oficiales para un ejército de Jerjes?

Este es el extremo á que nos ha conducido nuestra carencia de seriedad, nuestra falta de una cabeza directora permanente; y, por qué no decirlo, nuestra sobra de egoísmo y nuestra falta de patriotismo. Y no se arguya que de esto tiene la culpa la guerra de Cuba: se trata de un mal perenne, no circunstancial. Es simplemente que no entendemos ni una palabra de organización, que no sabemos pensar durante veinticuatro horas seguidas del mismo modo, cuando pensamos algo, lo que es ya mucho conceder.

Ahora mismo, asustados de nuestra obra, hemos emprendido el camino de la amortización; pero ¿cuánto tiempo durará? La salida al campo de *cuatro sacristanes* (es la frase consagrada) ó los desplantes de dos docenas de rifeños bastarán para que la máquina elabore algunos kilómetros más de galones, que se distribuirán *urbi et orbe*, y para que las Academias militares conviertan en oficiales, con pasmosa sencillez, á multitud de jóvenes que llaman á sus puertas poseyendo el gran lastre militar que supone el conocimiento profundo del teorema de Euler. Si estas causas no dieran ocasión para aumentar la mole, ahí está siempre latente la ciencia de los economistas, que oportunamente demostrará que, haciendo coroneles á quinientos tenientes coroneles, el tesoro español economizará seis mil cruces y saldrá ganando unas pesetejas. Y si el olvido de las matemáticas fuera tan grande que no se supiera hacer esa cuentecita, ahí está el ganado, ahí están los cuarteles, los cañones ó las defensas que pagarán sin protesta la pequeña diferencia que exija el necesario *salto del tapón*.

*
*
*

Pero, dejemos ya estas cosas, que serían verdaderamente burlescas y dignas de una ópera bufa, sino tuvieran tan tristes consecuencias para la patria, y busquemos en otros asuntos aires más puros, alientos para no desmayar, para no caer en el horrible descorazonamiento que produce ver el abandono en que yace la institución armada. Y, en este concepto, nada mejor que contemplar como hay quién trabaja, quién con ahinco procura que la instrucción profesional se mejore y difunda. El *Memorial de Artillería* publica actualmente el índice de todos los trabajos que en él han visto la luz desde que se creó, y este índice forma un hermoso cuadro de honor para el estimado colega y para el cuerpo que le da su nombre y su savia intelectual. Es, para un periódico, la publicación de un índice de esta naturaleza, como el balance de comprobación é inventario de la labor realizada y del caudal científico acumulado; cuyo balance no puede ser, en el caso á que nos referimos, más halagüeño para la acreditada revista militar.

Fundóse el *Memorial de Artillería* en Junio de 1844 y es la publicación militar más antigua de España entre las que actualmente existen. Empezó, como otras revistas análogas, con el modesto carácter de colección de memorias oficiales, temiéndose quizá que la iniciativa particular no había de ser bastante para dar á sus páginas suficiente materia interesante. Afortunadamente no ha sido así: los oficiales de artillería han sabido, con estudios dignos de los mayores elogios, dar á conocer en el *Memorial* cuantas ideas nuevas han surgido en

el campo de la profesión artillera, cuyas vicisitudes y desarrollo pueden seguirse paso á paso en los tomos de la publicación, nutridos de doctrina.

Desde 1888 dirige la publicación el ilustrado general don Adolfo Carrasco y Sayz, habiendo pertenecido sucesivamente á su redacción, en estos últimos años, don Onofre Mata, don Leoncio Más, don Arturo y don Eduardo de Oliver Copóns, don Felipe Arana, don Priamo Cebrián, don José Arantegui, don José Lossada y don Darío Diez de Marcilla. Muchos de estos nombres y no pocos de los que figuran al pie de valiosos artículos publicados en el *Memorial de Artillería* se ven también estampados en las páginas de nuestra humilde REVISTA, probando así que en el ejército existe el gran compañerismo del trabajo, ante el cual no hay artilleros, ni infantes, ni ingenieros, sino obreros que unen sus esfuerzos en pro de la institución á que pertenecen.

El índice á que nos referimos está redactado por el actual director del *Memorial*, y justo es felicitar al veterano general Carrasco por este nuevo trabajo que se ha impuesto, en beneficio del periódico que dirige y del cuerpo cuyo uniforme viste. Amante de éste, cual ninguno de sus individuos, procura mantener en él siempre vivo el espíritu militar y profesional, y, sobre todo, el espíritu de sacrificio, sin el cual no puede haber institución armada perfecta. Gracias á este espíritu de sacrificio, el cuerpo de Artillería ha podido constantemente mantenerse firme y unido, predicando con el ejemplo la noble virtud de prescindir de toda ventaja individual en beneficio de la superior del cuerpo y de la patria.

20 de mayo de 1899.

NIEMAND

LA REORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO (1)

I

Entre los problemas que han de resolverse en España en breve plazo, figura sin duda alguna, y como muy principal, el de reorganizar el Ejército y la Marina. No es nuestro objeto, ni tampoco de nuestra incumbencia, exponer plan alguno para ello, pero sí expresar algunos juicios que opinamos merecen atención, si es que alguna vez hemos de apartarnos del convencionalismo que tanto tiempo soportamos y tanta parte ha tenido en nuestros desastres.

Si la reorganización del Ejército ha de consistir tan sólo en algunos decretos ó leyes que cambien el sistema de reemplazos, el de ascensos y recompensas y los planes de estudios de las Academias militares, que modifiquen ó varien la organización de los cuerpos armados, como se ha hecho ya en multitud de ocasiones, creemos que esto en modo alguno bastará.

Es más, por mucha que sea la inteligencia y voluntad del ministro de la Guerra encargado de reformar la fuerza armada, sólo podrá obtener medianos resultados, si la opinión pública se desentiende por completo y no se interesa en

(1) Creyendo que nuestros lectores han de leerlos con verdadero placer, transcribimos estos artículos, que ha publicado el *Diario de Barcelona*, en los que se examina con notable maestría el problema de la regeneración del ejército. — (N. de la R.)

este problema tan trascendental para la vida del Estado. Es un error reputar como cuestiones únicamente técnicas todo cuanto se refiere á la organización militar de un país, lo son indudablemente la elección de armamento, la redacción de reglamentos tácticos, el estudio de los sistemas de fortificación y su mejor aplicación á la defensa del territorio; pero cuanto se refiere al reclutamiento y permanencia en el ejército de los individuos que le componen, es un problema social que interesa á toda la Nación y que por sí sólo, no podrá resolver bien, ni aun mal, ningún ministro de la Guerra.

Es otro error suponer que en el día los elementos materiales tengan en la guerra mayor influencia que en épocas anteriores. Claro es que con armamento anticuado no es posible luchar contra ejércitos dotados de material moderno; cierto es también que hoy, más que nunca, el dinero es el nervio de la guerra; pero en las colectividades humanas, lo mismo que en el individuo aislado, el alma debe ser siempre el elemento dominante y el ejército necesita poseer ante todo y sobre todo lo que se llama *espíritu militar* profundamente arraigado, sin cuya base es inútil dotarle de los medios materiales más perfectos y de los reglamentos mejor estudiados.

En cuanto vamos á manifestar no nos gufa otra idea que la verdad, y desde luego declaramos que está muy lejos de nuestro ánimo herir con nuestras opiniones ni colectividades ni individuos. Creemos que uno de los mayores daños que al país puede hacerse es dar por sentado que lo existente es perfecto y que nada hay que variar ni enmendar. Entendemos que ni las colectividades, ni los individuos que las componen, pueden sentirse agraviadas al poner de relieve deficiencias y errores que á todos conviene remediar. Cierto es que al amparo de unas y otros medran unos cuantos que, en vez de prestar servicios al país y á las colectividades, ó corporaciones, de que forman parte, las aprovechan para sus fines particulares, casi siempre en pugna con el interés general; pero la mayoría, á la cual los errores y deficiencias no sólo no aprovechan sino que perjudican, es la más interesada en que desaparezca todo aquello que al fin redunde en desprestigio de la colectividad.

Por causas muy complejas, y que hemos de ir exponiendo oportunamente, el espíritu militar está en nuestro ejército muy decaído, y mientras no se levante á la altura que en otras ocasiones ha alcanzado, es de temer que, cualquiera que sea el camino emprendido para reorganizarlo, no conducirá al fin apetecido.

¿Es fácil levantar en España el espíritu militar? Esto es lo que nos proponemos estudiar en los artículos sucesivos. Pero lo que sí afirmamos desde luego es que todo el problema de nuestra organización militar estriba en formar una oficialidad que lo posea en alto grado. «*Tales oficiales, tal ejército*», dice von Goltz en un interesante libro titulado *Das Volk in Waffen (La nación armada)* en el cual se demuestra palpablemente que la superioridad del ejército alemán se debe al excelente espíritu de sus oficiales. En España, y fuera de ella, el soldado se forma á imagen y semejanza del que lo dirige. Cualquiera que sea la forma de servicio que se adopte, obligatorio ó voluntario, de corto ó largo plazo, el soldado es dentro del ejército el elemento transitorio, el que pasa; el oficial, elemento permanente, la orilla que encauza la corriente, y por tanto debe ser el depositario del espíritu militar.

El ministro de la Guerra puede dar al ejército una organización perfecta, in-

tachable; lo que desgraciadamente no puede hacer es inspirar, por medio de un soplo, el espíritu militar, es decir, formar el alma de la colectividad; para ello necesita el concurso de toda la nación, y esto es lo que nos proponemos demostrar.— B.

¡ CÓMO DECAEN LOS PUEBLOS !

Los pueblos, como las familias, tienen sus épocas de engrandecimiento, de esplendor y de decadencia. La nación española, que en el siglo xvi llegó al apogeo de su grandeza, hasta el punto de ser la primera entre las naciones europeas y la más poderosa del mundo, ha llegado en las postrimerías del siglo xix á un estado tal de postración y de verdadera decadencia que á pesar de que hoy tanto se habla de regeneración, hay motivos fundados para desesperar de que ésta pueda efectuarse. Al dirigir una mirada en derredor nuestro, no se necesita ser muy perspicaz para persuadirse del lastimoso estado en que el pueblo español se encuentra; y es tal y se halla tan arraigada esta convicción en nuestro ánimo, que volvemos con envidia los ojos hacia el pasado y consideramos relativamente dichosos á los que nos precedieron en el camino de la vida.

En efecto, cada año que transcurre es peor que el anterior en todos conceptos, y especialmente desde cierta fecha no remota, forman como una cadena de pesados eslabones, que nos oprime cada vez más hasta hacernos la vida casi imposible. Únicamente los recuerdos de nuestra pasada grandeza sirven de algún consuelo á nuestro ánimo abatido, como céfiros vivificadores, que nos traen aromas de lejanos jardines y que aspiramos con ansia febril.

Estamos pues en pleno período de decadencia. ¿Qué es lo que nos ha conducido al triste estado en que nos encontramos? Esta pregunta nos hacemos todos, y difícilmente acertamos á contestar, porque han sido tantas y tan múltiples las causas de nuestra decadencia, que no podemos concretarnos á señalar esta ni la otra causa; pero es lo cierto que la realidad se nos presenta en toda su terrible desnudez, ofreciéndonos un porvenir de aterradores caracteres.

España, empobrecida, despojada de sus colonias, aislada en el concierto europeo, humillada pero no vencida, por un pueblo heterogéneo, sin historia, rápidamente enriquecido, soberbio y engreído con su fortuna, como el que no ha sido nada y llega á ser algo, como un rico improvisado, ajeno á todo sentimiento noble y humanitario, que ha atropellado las leyes internacionales, sin obedecer á otra ley que á la del más fuerte, España se ve hoy como no se ha visto nunca, y para que haya llegado á tal extremo de postración, muy poderosas han debido de ser las causas, que han ido preparando el actual estado de cosas, estado irremediable, si la Providencia no se apiada de esta desgraciada nación, y si todos no coadyuvamos en nuestra esfera á levantar sobre sólidas é inquebrantables bases el edificio que á tanta costa edificaron nuestros mayores.

Desde fines del siglo xv, en que terminó la gloriosa epopeya de la Reconquista, desde que los Reyes Católicos lograron constituir nuestra nacionalidad con la unión de todos los reinos, en que España estaba dividida, de aquellos dichosos tiempos data el engrandecimiento de esta nación, que en los reinados sucesivos de Carlos I y Felipe II, ya en el siglo xvi, llegó á su completo apogeo, en-

vidiando los extranjeros nuestra unidad política y religiosa, nuestras inmensas posesiones, que se extendían al rededor del globo hasta el punto de poder decirse que el sol no se ponía en los dominios españoles. Florecían las ciencias y las artes, la literatura estaba en su siglo de oro, había hombres eminentes en todos los ramos del saber humano, nuestro poder militar y marítimo era temido y respetado, y en este último rivalizábamos con Inglaterra. Nuestros invencibles tercios llevaban sus gloriosas banderas hasta los confines del mundo conocido. En aquel ejército sin rival no se desdénaban de servir con la pica ó el arcabuz al duque de Pastrana, los hijos de los de Alba y Parma, la aristocracia de la sangre y de las letras, y aun el mismo emperador Carlos V, que como simple soldado figuraba en la compañía de Antonio de Leyva con el nombre de Carlos de Gante, arcabucero. Nuestros asombrosos triunfos en Italia no sólo fueron debidos al valor, sino á la cultura de nuestro ejército, compuesto en su mayor parte de hombres ilustrados, que le daban inmensa superioridad sobre el francés, conjunto de foragidos, sobre el suizo, constituido por mercenarios y sobre el italiano, poco aguerrido. Entonces obteníamos victorias como las de Pavía, Otumba, San Quintín y Lepanto. Un pueblo vigoroso, altivo, enérgico llenaba los ámbitos de nuestra nación, en la que se respiraba una atmósfera de fe, de entusiasmo tal, que ensanchaba los corazones y daba viriles alientos para las más arduas, más temerarias y más difíciles empresas. Díganlo Hernán Pérez del Pulgar, Gonzalo de Córdova, Cortés y Pizarro. Entonces los extranjeros poblaban las aulas de nuestras famosas universidades de Salamanca y Alcalá, de donde tantos sabios salieron. Nuestra industria no tenía que envidiar á la de nación alguna y nuestros paños y tejidos de todas clases tenían reputación universal. Los trajes, usos y costumbres de los españoles eran imitados en los demás países, en los que se tenía á gala saber hablar el castellano. Pero también es verdad que entonces el español tenía la convicción de su valor, de su constancia, de sus firmes creencias religiosas, y en todas partes podía decir parodiando á los antiguos ciudadanos romanos *vixit hispanus sum*.

Esas soberbias catedrales de Burgos, León, Toledo y Sevilla, que representan nuestras gloriosas tradiciones, son otros tantos poemas en loor de la Divinidad, y el contemplar sus esbeltas torres y góticas ojivas, se eleva el alma á las regiones de lo infinito y no puede menos de ver en tan portentosas obras de gigantescas proporciones esculpida en caracteres de piedra la fe de nuestros antepasados. Los monumentos retratan fielmente el carácter de un pueblo, y en los muchos y grandiosos, que afortunadamente todavía poseemos, se ve representada la virilidad, energía y entereza del pueblo español. Dígalos ese vastísimo y magnífico edificio del Escorial, llamado con razón la octava maravilla. Con la muerte de su fundador Felipe II, de aquel gran monarca, terror de Isabel de Inglaterra, y á quien Enrique VIII llamaba *el demonio del Mediodía*, parece que empieza á iniciarse la época de nuestra decadencia. Y como si el alma sintiera alejarse de aquellos tiempos tan gloriosos, se deleita la memoria en recordarlos, como si los hubiésemos conocido y temiésemos continuar nuestro camino á través de los siglos, pudiendo decir, como los apóstoles en el Tabor: *¡qué bueno sería quedarnos aquí!* Y efectivamente aquella época es el Tabor de nuestra historia patria.

Por esta razón al visitar ciudades de tantos recuerdos históricos, como nuestra imperial Toledo, no se acierta á alejarse de ellas, y al separarse, se siente

como si se dejase algo de nuestra alma entre aquellos monumentos, mudos testigos de nuestras glorias nacionales. Todos los pueblos, que por allí pasaron, dejaron impresas sus huellas, y difícilmente se encontrará otra ciudad que, como Toledo, conserve ruinas y monumentos de todas las épocas.

A consecuencia de las largas y costosas guerras de los reinados de Carlos I y Felipe II, disminuyó la población y la riqueza de España y aumentó la emigración de sus habitantes á las Américas. La decadencia empezó á aumentarse en el reinado de Felipe III por la expulsión de los moriscos, que fué causa de que la población disminuyese considerablemente, faltasen innumerables brazos á la agricultura y llegasen casi á paralizarse las artes, las industrias y el comercio.

En el reinado de Felipe IV continuó en grande escala la emigración á las Indias, y España, esta gran nación, caminaba rápidamente á la ruina. Perdimos Cerdeña y el Rosellón y en 1640 Portugal se declaró independiente. La derrota de nuestros famosos tercios en Rocroy en 1649 fué un golpe de muerte para nuestra valiente infantería, que perdió la fama de invencible.

La decadencia de España llegó á su extremo en el reinado de Carlos II. Tan pobre y abatida quedó á fines del siglo XVII que por el tratado de 11 de octubre de 1698, ya se pensó seriamente en el reparto de esta nación y se trató de adjudicar la Península española, los Países Bajos y las Indias al príncipe José Leopoldo de Baviera, los estados de Nápoles y Sicilia y la provincia de Guipúzcoa al Delfín de Francia, y el Milanesado al archiduque Carlos de Austria. En medio de tanta desventura conservaba aún el pueblo español su ingenio, su viva imaginación y su orgullo; pero había perdido la robusta fe de los siglos anteriores, la integridad, que le distinguía en tiempo de los Reyes Católicos, la caballería de la época de Carlos V y la austeridad de Felipe II, viviendo sólo en medio de la miseria en el recuerdo de su pasada grandeza. Con la introducción de gente perdida procedente de las levas en el ejército, se relajó la disciplina y el soldado español llegó á adquirir triste fama de ferocidad, que tuvo su origen en las guerras de Flandes y Cataluña. A la cultura que distinguió á nuestros soldados en el siglo anterior, sucedió tal ignorancia, que la mayoría de ellos no sabía leer ni escribir. De aquí se siguió una serie de derrotas ó de estériles triunfos. No quedó á nuestros soldados más que el valor personal, ó mejor dicho, la temeridad y el orgullo. En los últimos años del reinado de Carlos II, el ejército apenas llegaba á 20.000 hombres, casi desnudos y hambrientos, que vivían sobre el país. La armada, que era la más poderosa que se había conocido, quedó reducida á dos navíos y un galeón, hasta el punto de haberse propuesto su supresión por el Consejo de Castilla.

Durante la guerra de Sucesión, en 1704, los ingleses se apoderaron páfidamente de Gibraltar, cuya plaza continúa en su poder desde aquella fecha; y por la paz de Utrecht, en 1713, que puso fin á dicha guerra, perdimos las posesiones de Italia y de los Países Bajos.

En el reinado de Felipe V, aunque España no llegó ya á recobrar su antiguo esplendor, sin embargo, gracias á las acertadas reformas introducidas por sus sabios ministros en todos los ramos de la administración, pudo asombrar á Europa con la grandeza de sus armamentos navales, acometer la conquista de Sicilia, reconquistar á Orán, levantar ejércitos numerosos, aumentando hasta 120 bata-

llones de infantería, y el crédito que estaba casi arruinado, restaurar la agricultura y la industria, dar nuevo vuelo al comercio y fomentar el cultivo de las artes, las ciencias y las letras.

Con la política de paz desarrollada por Fernando VI, y con ministros hábiles como Carvajal y el marqués de la Ensenada, se mejoró la Hacienda, se dió grande impulso á la Marina, que llegó á contar 49 navíos de línea y 21 fragatas, tomaron incremento la agricultura y el comercio y se atendió á la creación de academias, colegios é institutos.

En el reinado de Carlos III las obras públicas recibieron grande impulso, y á este rey se debe la construcción de caminos, puentes, canales y pantanos, la creación de muchos establecimientos de crédito y de beneficencia, el embellecimiento de algunas poblaciones; y el comercio, aunque adquirió algún desarrollo, no llegó á tener la importancia de que era susceptible, por oponerse á ello los errores económicos de aquella época. El ejército fué aumentado con las levás, llegando á contar 141 batallones de infantería, 100 escuadrones de caballería y 340 piezas de arillería, y se estableció la ley de reemplazo. La marina de guerra constaba de 67 navíos de línea y 37 fragatas.

España se levantaba de su postración; pero el desgraciado reinado de Carlos IV, que coincidió con la revolución francesa, la destrucción de nuestra escuadra en la gloriosa batalla de Trafalgar en 1805, desde cuya fecha no se ha recobrado su antigua potencia naval, y el más desgraciado aún de Fernando VII contribuyeron á sumir á esta nación en el estado decadente en que hoy se encuentra, con relación á las demás naciones de Europa.

Las ideas disolventes proclamadas por la revolución francesa pasaron los Pirineos, como un furioso huracán, causando grandes trastornos en un pueblo tan atrasado como el español, y fueron los gérmenes de las futuras revoluciones.

A pesar de todo, el legendario valor español no se desmintió, y este pueblo tan amante de su independencia, cuando en 1808 los franceses invadieron la Península, renovó en Zaragoza y Gerona las glorias de Sagunto y Numancia, y los infatigables guerrilleros tuvieron en jaque constante al enemigo, que no poseía más terreno que el que materialmente pisaba. Ganamos á los franceses batallas como las de Bailén, Talavera, Tamames, Chiclana, Albuera, Vitoria y San Marcial, arrojándolos del territorio español y persiguiéndolos hasta Bayona.

La abolición de la constitución de 1812 por Fernando VII originó la lucha entre liberales y realistas, la sublevación del general Riego, la intervención francesa en 1823 para restablecer el absolutismo y una serie de conspiraciones contra el Gobierno.

LUIS TRUCHARTE Y VILLANUEVA.

(Continuará.)

RESEÑA HISTÓRICA DE LOS HECHOS DEL GRAN CAPITÁN DON GONZALO FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA

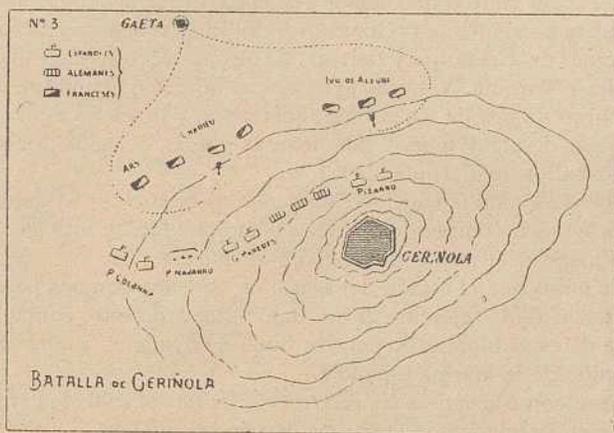
(Continuación.)

Su segunda campaña en Italia fué inaugurada con la toma de Tarento, valiéndose del medio tan conocido por todo aquel que haya leído algo de aquellas célebres guerras. A Tarento siguió Barleta, Rubo y Ceriñola: la primera,

guardada obligada de sus tropas, que supo abandonar tomando una ofensiva enérgica contra el ejército francés; la segunda, notable sorpresa ejecutada por sus bravos soldados; y la tercera, derrota horrorosa, grandiosa victoria, obtenida á costa de la muerte de los caudillos franceses y pérdida de casi todo su ejército.

Dejemos hablar al historiador: «Ceriñola fué el campo escogido por Gonzalo: situada en una cima rodeada de profundos barrancos, robusteci6se esta defensa natural con empalizadas y abrojos. En el flanco izquierdo se levant6 un parapeto, y allí se coloc6 una batería de cuatro cañones.

A las 7 de la noche lleg6 Nemours, hubo consejo, y, aunque muchos opinaron suspender la batalla hasta el día siguiente, prevaleci6 la opini6n de darla en el acto.»



Ocupaban las fuerzas la siguiente situaci6n (1): «la caballería gruesa, la derecha, el centro la infantería suiza y gascona, y la izquierda la caballería ligera.

«Gonzalo las dispuso del modo siguiente: la derecha, apoyada en Ceriñola, la formaba la infantería española, á las órdenes de Pizarro; la alemana en el centro, en defensa del parapeto; la caballería gruesa, mandada por García de Paredes, en la izquierda; con salidas por trinchera; Pedro Navarro cuidaba la caballería; y, fuera del barranco, escarceaban los corceles de P. Colonna.»

Nemours carg6 con su derecha, pero la artillería de Navarro se encarg6 de sembrar la muerte y espanto en las filas de los atacantes; en este momento arden los polvorines de las fuerzas españolas, y Gonzalo, en vez de sentirse contrariado por este accidente, exclama, para que lo oigan sus soldados: «Valor, españoles, la victoria es nuestra; Dios lo dice advirtiéndonos que ya no tenemos necesidad de cañones (2).»

El entusiasmo fué grande: los franceses volvieron á atacar, cerrada ya la noche; pero las picas y arcabuces de nuestros soldados, los mandaban á otra noche

(1) Villamartín « Edad moderna - Monarquía - Gonzalo de Córdoba ».

(2) Lafuente pone en boca de Gonzalo esta otra exclamaci6n « Valor amigos, esas son las luminarias de la victoria ».

más obscura y larga que aquélla, ¡la noche de la eternidad! ¡Nemours, Chadieu, Bayardo! nombres ilustres (dice Villamartín), no osará mi pluma amenguar vuestra gloria; que si fuisteis batidos, era que vuestro siglo sucumbía con vosotros.

Terminada esta gloriosa acción, Gaeta fué tomada y la corona de un nuevo reino vino á aumentar las de los ya numerosos que poseía Fernando el católico.

V

Al ver tan completos triunfos, la reina Isabel, protectora de Gonzalo, no podía menos de enorgullecerse de haber enviado á Nápoles (como dice Lafuente), á quien volvía con el glorioso título de Gran Capitán; y Fernando no tenía reparo en decir que las victorias de Calabria y el Abruzo, en unión de la rendición de Nápoles, hacían tanto ó más honor á su corona, que la conquista de Granada.

Los auxilios prestados por Gonzalo al caudillo veneciano dieron por fruto la recuperación de Cefalonia y derrota de Bayaceto; esto causó la admiración de toda Italia y Turquía. Venecia, agradecida, inscribió el nombre del Gran Capitán en el libro de oro de los nobles venecianos, y le envió á Siracusa un presente de piezas de plata labrada, de mantas y telas de seda y brocados, y de magníficos caballos de Turquía.

El caballero español (1) aceptó solamente los honores, y lo demás lo envió á su rey «para que sus competidores (decía), aunque fuesen más galanes, no pudiesen, á lo menos, ser más gentiles hombres que él».

Sabemos todos que el estado del erario en aquellos tiempos permitía con dificultad sostener tanto ejército; el de Italia, á más de esto, contaba con el inconveniente de estar bloqueado por los buques enemigos, que no permitían el paso á ninguno de la marina española.

Sucedíanse con frecuencia las reclamaciones de los soldados, y amotinábanse los extranjeros reclamando las pagas que les adeudaban.

Sucedió que una tempestad arrojó á un almirante y varios oficiales de la marina francesa á las costas de Calabria, y Gonzalo, con su acostumbrada esplendidez, les dió abundantes víveres y lujoso equipaje de ropas: lo que, visto por los soldados, hizo acentuar las murmuraciones y que algunos dijeran: «Mejor fuera que pagara lo que debe á los suyos, que ser tan liberal con los extranjeros», otro, más desvergonzado, ó menos temeroso, llegó á amenazarle el pecho con su pica; Gonzalo la apartó suavemente diciendo: «Alza esa pica, y mira lo que haces, no me hieras sin querer.» (2)

Rasgos son estos que nos pondrían de manifiesto, si no los conociésemos, el carácter de Gonzalo; y vemos por ellos consolidarse todos cuantos sobrenombre y dictados se han dado al grande español, por los historiadores propios y extranjeros.

(1) Lafuente.

(2) Dice Lafuente que Gonzalo tenía una hija, llamada Elvira, á quien quería mucho, y la llevaba siempre consigo; un capitán vizcaíno, llamado Leiar, como oyese á Gonzalo asegurar que pronto tendría fondos, le dijo, «Que vaya tu hija á ganarlos, y pronto los tendremos»; lo oyó Gonzalo sin inmutarse y, una vez concluido el motín y retirados los soldados, al día siguiente apareció colgado de la ventana de su alojamiento el cadáver del vizcaíno.

Vamos á dar una sucinta idea de una de las más notables campañas de este general, en la cual puso de manifiesto su talento militar, sus dotes de estratega, sus condiciones de mando, y su novel sistema de guerrear; causando la justa admiración del mundo todo.

Al leer esta epopeya (1), nos enojamos contra el sino de nuestra querida patria, condenada un año y otro, en una y otra jornada, á vencer fuerzas diez veces mayores, y todavía nos enojamos más cuando los historiadores franceses, menos leales que nosotros para confesar faltas, se esfuerzan en explicar esta constante victoria de nuestros pobres y débiles ejércitos, sobre los suyos, valientes, numerosos y ricos, como efectos de fatalidad..

Dice el historiador militar don Francisco Martín Arrué: «En mayo de 1504 el Gran Capitán entraba en Nápoles; los franceses la habían evacuado, pero dejaron en su ciudadela é importantes castillos numerosa guarnición: Pedro Navarro se encargó de rendirlos.

«Gonzalo, ya en el Garellano, juzgó oportuno, teniendo enfrente tropas tan superiores á las suyas, mantenerse á la defensiva, y, á este fin, eligió como línea el río, situándose en la orilla izquierda. Hábil estuvo en situarse en San Germano con el grueso del ejército, en razón á que, hallándose así á corta distancia del río, podía acudir, cualquiera que fuese el punto por donde tratasen de pasarlo los contrarios, con gran rapidez á evitarlo, y aun, dado el caso de que lograsen pasarlo, amenazaría su flanco y retaguardia desde las ventajosas posiciones que ocupaba.

»Tenían las de Roca Seca y San Germano un padrastró en el convento y castillo de Monte Casino, situado entre las dos.

Pedro de Médicis los defendía con guarnición francesa, reforzada por gente del país, y había mejorado notablemente sus fortificaciones.

»Era preciso apoderarse á toda costa de Monte Casino, antes de que el ejército francés pasara el Garellano; la empresa era difícil: Pedro Navarro fué el encargado de llevarla á feliz término; y, en efecto, subiendo trabajosamente la artillería á unas alturas que dominaban á Monte Casino, en cuanto logró abrir brecha en los muros del convento y castillo, Navarro tomó ambos en poco tiempo.»

Desde este momento, el Gran Capitán se consideró dueño absoluto de aquella ribera del río, reforzando, con objeto sin duda de aumentar la seguridad, la guarnición de los castillos de Roca-Seca y una torre próxima al puente de Sera: después de esto, volvió á San Germano para poder vigilar el camino de Ponte Corbo.

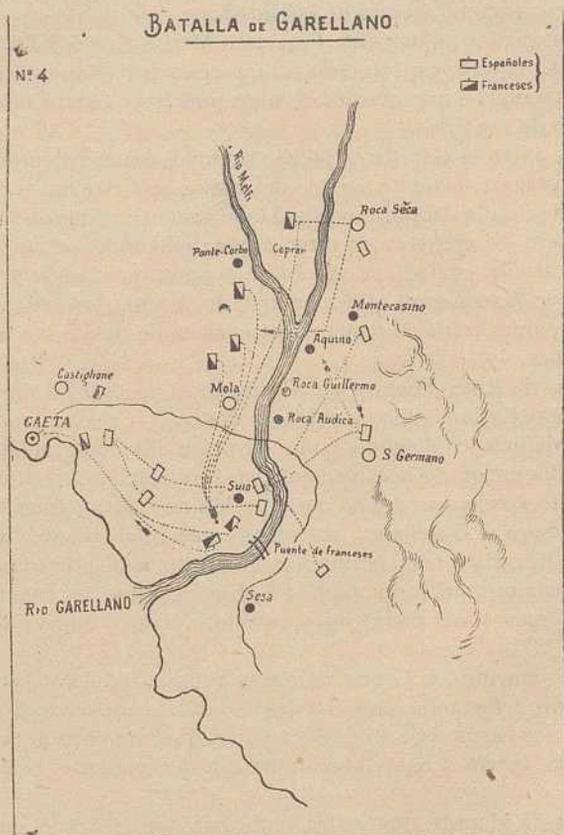
El marqués de Mantua, que varias veces había intentado el paso del río sin elementos suficientes, sufrió descalabros de consideración, y cuando pudo hacerlo en buenas condiciones, el fuerte temporal se lo impidió.

La pérdida de Monte Casino, fué de un efecto moral pernicioso en sus tropas, por haberlo tomado los españoles casi á la vista del ejército francés.

El ataque á Roca Seca no tuvo mejor resultado, y Zamudio, Pizarro y Villalba, le hicieron morder el polvo, auxiliados oportunamente por Paredes, Navarro y Colonna.

(1) Dice Villamartín.

Después de este infructuoso ataque, dirigióse Mantua con sus tropas á Aquino; el Gran Capitán se apodera apresuradamente del camino de Aquino á Ponte Corbo, con objeto de encerrar al ejército enemigo entre el río y Roca Seca, Monte Casino, y San Germano; comprende el general francés su error, y con el mayor desorden se traslada á Ponte Corbo; pero aun no ha concluído de pasar el río, cuando Gonzalo le pica la retaguardia, causándole numerosas bajas; después de esto, Mantua se fortifica en la orilla derecha del Garellano, y Gonzalo retorna á San Germano.



Ante Roca Guillermina, el ejército francés recibe otra lección, y García de Paredes, simultáneamente de esto, se apodera de Roca Andría, y hace volver á repasar el puente de Sessa al ejército francés, que lo encuentra cortado por los españoles.

Gonzalo cree llegado el momento de tomar la ofensiva, y destruir al ejército enemigo, que, con las marchas, contramarchas, derrotas y penalidades, ha llegado á perder su disciplina.

El marqués de Mantua, sintiendo superior á sus fuerzas esta empresa, entrega

el mando al de Saluces, que se dispone á marchar á Gaeta; el temporal y las lluvias le hacen suponer que los españoles no llevarán á cabo ninguna operación ofensiva; bien pronto sale de su error; unos cuantos normandos, de los acantonados en Suio, llegan, fugitivamente, á contar que, sorprendidos por los españoles, pocos han escapado con vida de la matanza.

En efecto, poco después de levantar Saluces el campo, y enviar embarcada, por el Garellano, la mayor parte de su artillería, por no permitir la marcha el fango de los caminos, llega la vanguardia de las valientes tropas de Gonzalo; no encontrando á nadie en el campamento, se adelantan Albiano y Colonna con 200 caballos, y encuentran á los franceses pasando un río, de corto curso, que hay antes de llegar á Mola: obligados á hacer frente, los entretienen hasta que llega el victorioso Gonzalo con el resto de las fuerzas.

Hecho fuerte en Mola el enemigo, con animo de cortarles la retirada envía el Gran Capitán á Navarro y García Paredes con la infantería española; al amanecer evacuan á Mola los franceses; Gonzalo los sigue, y, cuando el combate ha comenzado, Navarro y Paredes caen de improviso sobre el flanco de los franceses, que huyen en dispersión hasta Gaeta.

Monte Orlando, posición que era, por decirlo así, la llave de las fortificaciones de Gaeta, había sido tomada con anticipación por la infantería española; Saluces envía á ocuparla algunas compañías, que retroceden ante el fuego de nuestros arcabuceros.

Estrechada Gaeta, rindióse al Gran Capitán; este nuevo suceso viene á ser el digno remate de la gloriosa campaña del Garellano, que causa la admiración de toda Europa, y que jamás podrá olvidar la infantería española.

Dice Villamartín: «Esta campaña, tan gloriosa y difícil, es una campaña modelo; en ella se ve al general con su profundo conocimiento, en todos los instantes, de las condiciones morales y materiales de ambos ejércitos, previstas todas las maniobras del enemigo, oponiendo á ellas, primero, hábiles marchas; después, defensiva lenta y obstinada hasta vencer la fuerza moral, y, por último, brusca reacción ofensiva, violenta, sin descanso, irresistible, hasta hacer caer, como por encanto, los muros de Gaeta, á los cuatro días de operaciones...» Por todo esto ¿quién como Gonzalo de Córdoba ha podido llevar con más justicia el título de Gran Capitán? (1), (2).

(1) Guicciardini dice « Tal fué la famosa rota del Garellano, el más completo y el más importante triunfo que ganó Gonzalo de Córdoba, y con el cual acabó de merecer el nombre de Gran Capitán, porque nada debió allí á la casualidad, todo á la capacidad é inteligencia del caudillo español, todo á la constancia con que supo mantenerse por espacio de cincuenta días, delante del enemigo, sufriendo penalidades y trabajos, para recoger en un día dado, el fruto de su calculada perseverancia. La Italia vió en este día, deshecho y anonadado á aquel poderoso ejército, cuyo número y cuyo aparato parecía iba á absorber y derrotar, en un momento, cuanto se le presentara y opusiera.»

(2) « No es posible, dice un historiador extranjero, condenar la magnitud de los resultados obtenidos con tan pequeños medios y con tal muchedumbre de enemigos, sin llenarse de profunda admiración por el hombre que los había realizado. »

VI

Estas fueron las principales campañas de Gonzalo, capaces por sí solas de cubrir de gloria á tal héroe, si las fatigas y sufrimientos, las murmuraciones y falta de dinero con que pagar á su ejército, no hubiesen contribuído á aumentar los laureles alcanzados por tan Gran Capitán y notable estratego.

En la corte crecían las envidias y murmuraciones contra el Gran Capitán: hubo quien le hiciera una acusación con la que creyó indisponerlo con el rey; se le obligó á éste á que hiciera rendir cuentas á Gonzalo, y el monarca condescendió á que le fueran presentados los libros. Por ellos resultaba Gonzalo alcanzado en grandes cantidades, pero lejos de intimidarse, al día siguiente presentó aquellas famosas cuentas que se han hecho proverbiales en nuestra patria.

Terminadas sus campañas en Italia, regresó á España, donde encontró, como premio de sus hazañas, la indiferencia de aquel monarca que no supo premiar la abnegación y el valor de uno de sus más heroicos soldados.

El Gran Capitán fué el verdadero innovador del arte de la guerra utilizando las armas de fuego, comprendió el valor que tenía la estrategia y la táctica, no se le escaparon las ventajas de las combinaciones rápidas, de las marchas y contramarchas con que aniquilaba al enemigo, para después caer de improviso sobre él y destrozarlo.

En Gaeta, le vemos apoderarse con grande anticipación de Monte Orlando, por considerarlo punto estratégico de gran valor y fuerza; en Suio, le vemos aprovechando el temporal, caer de improviso sobre el campamento de las fuerzas de Saluces, y poner en derrotada fuga á sus soldados. En Ceriñola, Reggio, Santa Agata, Seminara, Cosenza, Saíno, Atella y Ostia, en Rubo y Tarento, vemos el general entendido, el político hábil, el soldado valiente, en una palabra, el verdadero general, que hace una operación con perfecto criterio de todos sus detalles.

Le son atribuídos gran número de principios de arte de la guerra, y algunos opinan que en todas sus acciones se inspiraba en Vegeccio, poniendo en práctica gran número de sus ideas.

Dice un notable escritor: « En lo que más se distinguió este grande español, es en comprender la guerra que hace y los enemigos con quien lucha, amoldando su mérito y hasta su carácter personal á las circunstancias... »

Refiriéndose á los adelantos hechos en la fortificación, dice el señor Arrué: « Si en táctica se debieron al Gran Capitán tantos adelantos, no fueron menos los que introdujo en fortificación; supo utilizar los atrincheramientos en los campos de batalla, para conseguir victorias como las de Ceriñola, y fué partidario de la fortificación permanente, de que la elevación de los muros no fuese tanta de que sirviese de blanco á la artillería, y de que su espesor aumentase, para que ofreciese mayor resistencia á los proyectiles de ésta.

» Prefirió, para el flanqueo del recinto, los torreones cuadrados ó rectangulares á los circulares, combatió la rutina de elegir para el emplazamiento de las fortalezas los sitios más eminentes. Su sistema de fortificación consistía en doble muro, con doble foso, y, como obras interiores, casamatas dominantes y artilladas. »

Sus campañas son variadas en su forma y modo de ser: de guerrilla, en Calabria, defensiva en Ceriñola, y eminentemente estratégica en el Garellano.

VII

Regresado Gonzalo á España, después de andar tras el católico rey en súplica del cumplimiento de lo ofrecido, como no obtuviere más que vagas promesas y desaires, retiróse á un lugarejo de Andalucía, donde trocó la agitada vida del guerrero por la dulce y apacible del campesino.

Poco tiempo sobrevivió á su guerrera vida; estando en Granada, falleció el 2 de diciembre de 1515 á los 62 años de su edad. ¡Gloria al vencedor de Chadiou, Nemours y Bayardo! ¡Gloria al bravo general! necesitaba otro ambiente aquella alma noble y generosa, que el corrompido de la sociedad de su época, y el Todopoderoso, lo condujo, á no dudar, á esa región de felicidades ignotas, en las que, sino ostentó la corona de la santidad, con seguridad ostentaría los laureles de la gloria.

Sus restos fueron depositados en la iglesia de San Francisco de Granada, y más tarde en la de San Jerónimo; 200 banderas y dos pendones reales daban constante testimonio de la gloria del que cobijaban; bajo la sombra de aquellos venerables emblemas de sus triunfos, descansaba en el sueño de la muerte el bravo Gonzalo, el Gran Capitán, y los reflejos de mortecina lámpara envolvían en luz tenue y apagada, pero constante, aquellos restos gloriosos que en mil batallas había respetado el plomo enemigo.

Con el alma embargada por el sentimiento, y la vista fija en aquellos trofeos y restos, de los que sólo nos queda hoy (1) la memoria, leamos el sencillo epitafio (2) y repitamos con el notable Zalazar... «Jamás vendrá su nombre (3) á nuestra memoria que con lágrimas no sea recordado.»

FEDERICO PITA Y ESPELOSÍN.

Teniente de Infantería.

(Concluirá.)

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

INSTRUCCIÓN PARA EL CONOCIMIENTO Y USO DEL TRIGONOTELÉMETRO, por *Carlos Antequeda*.—Capitán del regimiento 8.º de caballería de línea.—Buenos Aires, 1898.—Un folleto de 48 páginas y cuatro láminas.

El trigonotelémetro del capitán Antequeda, del ejército argentino, es al propio tiempo un aparato topográfico y un instrumento destinado á facilitar el cálculo gráfico. En el primer concepto, tiene alidadas ó anteojos destinados á medir ángulos azimutales y rumbos magnéticos, determinar distancias, etc., en el segundo, cuenta con reglas y goniómetros que permiten formar diversos ángulos y triángulos, y determinar, de consiguiente, algunos elementos de estas

(1) Hoy se ignora su paradero.

(2) « Gundisalvo Ferdinando á Cordova, magno hispaniarum, Ducis, Francorum et Turcorum terrori. »

(3) El del Gran Capitán.

últimas figuras, conociendo los datos. Entre las variadas aplicaciones de este aparato, figuran, además de las indicadas, la de resolver algunos casos sencillos de desenfilada geométrica y la de calcular las ordenadas de las trayectorias de los proyectiles de artillería, haciendo aplicación gráfica de la fórmula:

$$Y = x \tan \varphi - \frac{g^2 x}{2 V^2 \cos^2 \varphi}$$

Aunque naturalmente no podemos apreciar el valor práctico del trigonotelémetro, estamos de acuerdo con los lisonjeros y muy justos elogios que la inteligente é ingeniosa producción del capitán Antequeda ha merecido de ilustradas personalidades de la república del Plata, pues, efectivamente; en el terreno especulativo, cuando menos, sólo plácemes merece el trigonotelémetro.

A título de curiosidad, reproducimos el *proceso oficial* de este aparato, desarrollado en TRES DÍAS á orillas del gran río sudamericano. A orillas del Manzanares, hubiera tardado treinta meses, contando por lo bajo:

«Buenos Aires, Enero, 8 de 1895.

Excmo. Señor:

Carlos Antequeda, teniente 1.º de la compañía de Pontoneros del regimiento de Ingenieros, con la venia respectiva de mis jefes, ante V. E. respetuosamente me presento y digo:

Que teniendo necesidad de construir un aparato topográfico y siendo su construcción posible únicamente en el Arsenal de Guerra, solicito me otorgue el permiso correspondiente para construirlo allí.

Es justicia, Excmo. Señor.

CARLOS ANTEQUEDA

Enero, 8 de 1895.

Informe el Arsenal de Guerra.

E. J. BALZA

Excmo. Señor:

El trabajo que solicita practicar el señor teniente Antequeda en este Arsenal, se puede conceder, por su sencillez y por su poco costo.

Buenos Aires, Enero 10 de 1895.

J. PENNA

Enero, 10 de 1895.

Conforme, vuelva al Arsenal de Guerra, para que conceda el permiso solicitado.

E. J. BALZA

Enero, 11 de 1895.

A sus efectos, pase al señor Inspector general de talleres.

JUAN PENNA.»

Terminamos agradeciendo la atención que ha tenido con la REVISTA el capitán Antequeda, remitiendo un ejemplar de su valioso trabajo.

M. R. B.